

DE DERECHOS HUMERROS Y PERRANOS.

Ese lunes de frío intenso y lluvia llegué al Juzgado de Instrucción de una pequeña ciudad del sur santafesino con la esperanza de obtener, al fin, el juego de fotocopias simples de una causa que había solicitado por escrito veintiocho días atrás.

Divisé a la empleada de mesa de entradas a través de un intersticio del vidrio atestado de afiches que informaban cómo ser respetuoso y cortés con el prójimo, a qué cámara se remitirían las apelaciones en función de la acordada 32, qué hacer para que Dios te reciba en el cielo, cuáles documentos presentar para una denuncia por extravío de cheque y otras afinidades.

Le hice saber de mi cometido y, sin despegar la vista de la pantalla de la computadora, me dijo que iba a tener que esperar porque la sumariante no estaba. Recordé a un viejo abogado que ante tal respuesta replicaba que él buscaba el expediente y no al sumariante, mientras me sumaba a otros dos profesionales que compartían la cara de resignación, lo que era un mal presagio para mi gestión.

En los primeros diez minutos de comprensible espera, mientras escudriñaba minuciosamente el pasillo, leía todos los carteles, caminaba de un lado a otro, cruzaba miradas con los demás en la que nos decíamos *“y bué... hay que esperar”*, advertí que había un plato con comida para perro al costado de la puerta de ingreso del juzgado, lo que no dejó de llamarme la atención.

Al rato me acerco al mostrador para intentar agilizar el trámite pero la empleada no estaba; en su lugar, hallo la bucólica mirada de una perra colie que estaba sentada entre el casillero de los partes preventivos y la estufa halógena que me decía *“ya va a venir”*.

En eso, se hizo presente una mujer de caderas prominentes y muslos generosos, que no llegaba a los cuarenta años, pelo moreno y corto, labios gruesos, vestimenta humilde. Aguardó la presencia de la empleada de mesa de entradas y se dirigió a ella con su voz chillona.

- ¿ Trajeron a mi hijo?
- ¿ Quién es su hijo, señora?
- Rojas... *Johnattan Rojas.*
- Ah!, si. ¿ Para un careo?
- No sé. *La policía se lo llevó el viernes y no me lo dejan ver, señora, quiero hablar con mi hijo, ver cómo está, no sé por qué se lo llevaron...*
- No se puede, viene para un careo junto con otros detenidos y no puede tener contacto con nadie.

- *Pero quiero hablar con él, la policía no me dejó porque decía que estaba incomunicado, no sé qué le pasó...*

- No sé señora, no se puede y la sumariante no está.

- *Quiero hablar con el juez...*

- Nooo... el juez no está para estas cosas, señora..., mire, hay tres abogados esperando... el juez no la va a poder atender.

- *Pero quiero hablar dos minutos...*

- Ya le dije, señora.

En los diez minutos de espera que siguieron, la mujer vio pasar al final del pasillo a dos policías que llevaron a través de una puerta a tres chicos esposados entre los que se encontraba su hijo. Si bien su madre lo presentaba como James Bond, más bien parecía Kato. Campana, segundo round, la mujer se calza los guantes, pero la empleada de mesa de entradas era Nicolino Locce. Gong! La señora Rojas al rincón, la empleada se perdió por la puerta trasera hacia los despachos, la perra agachó las orejas y volvió a dormir.

De repente, se escuchan estridentes ladridos lastimeros de un perro dentro del edificio; su vigor, su duración y el eco describían una situación alarmante. Venían del hall de ingreso. Todo el mundo salió de su lugar de trabajo; en el Juzgado de Instrucción, la empleada de mesa de entradas corrió despavorida hacia el hall y, detrás de ella, la sumariante (sí, la que no estaba). También el excarcelador, la secretaria y el juez abandonaron sus despachos y salieron al pasillo a ver qué pasaba. Todos se preocuparon, aparentemente, por lo que le podría haber sucedido a la “perra del juzgado”.

El juez mira a todos los que estábamos esperando interrogando con la mirada y la señora Rojas le responde encogiéndose de hombros. En medio del desconcierto, la secretaria llama a la empleada de mesa de entradas con voz tranquilizadora:

- *Marita... Marita... vení, que Blanquita está acá...*

Al minuto, la sumariante trae las novedades: el custodio del tribunal había agarrado a patadas a un cuzquito callejero todo mojado que, muerto de frío, se había metido debajo de las sillas fijas frente a la Defensoría General.

Pasó el susto y las cosas volvieron a su lugar; todo había durado unos dos minutos. Marita se arrodilla a hacerle mimos a Blanquita, la sumariante que no estaba regresó a su oficina a pesar de darse cuenta que yo me había percatado que ella sí estaba; los otros dos abogados vieron al excarcelador pasearse ante sus ojos pero no atinaron a detenerlo y así evitar a la infranqueable Marita; Nicolino se escondió tras los afiches y la secretaria y el juez hicieron “mutis por el foro”.

En ese momento intenté decirle a la señora Rojas que ese hombre con el que había cruzado la mirada y permanecido cerca suyo era el juez... pero me abstuve de hacerlo, temí que advirtiera que no todos los perros tienen los mismos derechos y que sólo algunos pueden tener la atención del juez por dos minutos.

En fin, le avisé a Marita que me iba a tomar un café al bar para mitigar la espera y después volvía; me saludó con la mano derecha, como autorizándome, mientras con la izquierda acariciaba a Blanquita.

Gustavo Franceschetti.